

EL ARCHIVO MUSICAL DE LA BANDA MUNICIPAL DE MADRID

Por RODRIGO A. DE SANTIAGO

Director de la Banda Municipal

"Es un elemento de cultura artística. No todo ha de ser construir alcantarillas, y estoy decidido a crear la Banda Municipal."

CONDE DE PEÑALVER

(Pleno del Ayuntamiento del día 4 de agosto de 1909.)

Al regreso de Valencia — donde asiste a las tradicionales fiestas de julio de 1907 como invitado de honor representando al Ayuntamiento de Madrid—el concejal del mismo don Luis Casanueva, en su mente germina una sola idea al recuerdo de lo visto y escuchado; idea o proyecto que pronto habría de ser una feliz realidad al contar con el valioso apoyo—además de la autoridad moral y del cargo—del conde de Peñalver, alcalde-presidente de la capital de España: la creación de la Banda Municipal madrileña.

Toda la belleza de lo contemplado y escuchado en la hermosa capital del Turia por el señor Casanueva—exquisito melómano por antonomasia—se resume en un principal elogio: al gran concurso de bandas de música civiles y a la colaboración especial de las bandas *Republicana de París* y la de la *Municipalidad de Beciers*.

Ese, y no otro, fue el antecedente de nuestra Banda Municipal.

Con la Banda Municipal madrileña se inician, aparte de sus cualidades artísticas, ya apreciadas en su concierto de presentación, las educativas del pueblo en cuanto a la buena música se refiere, y otra

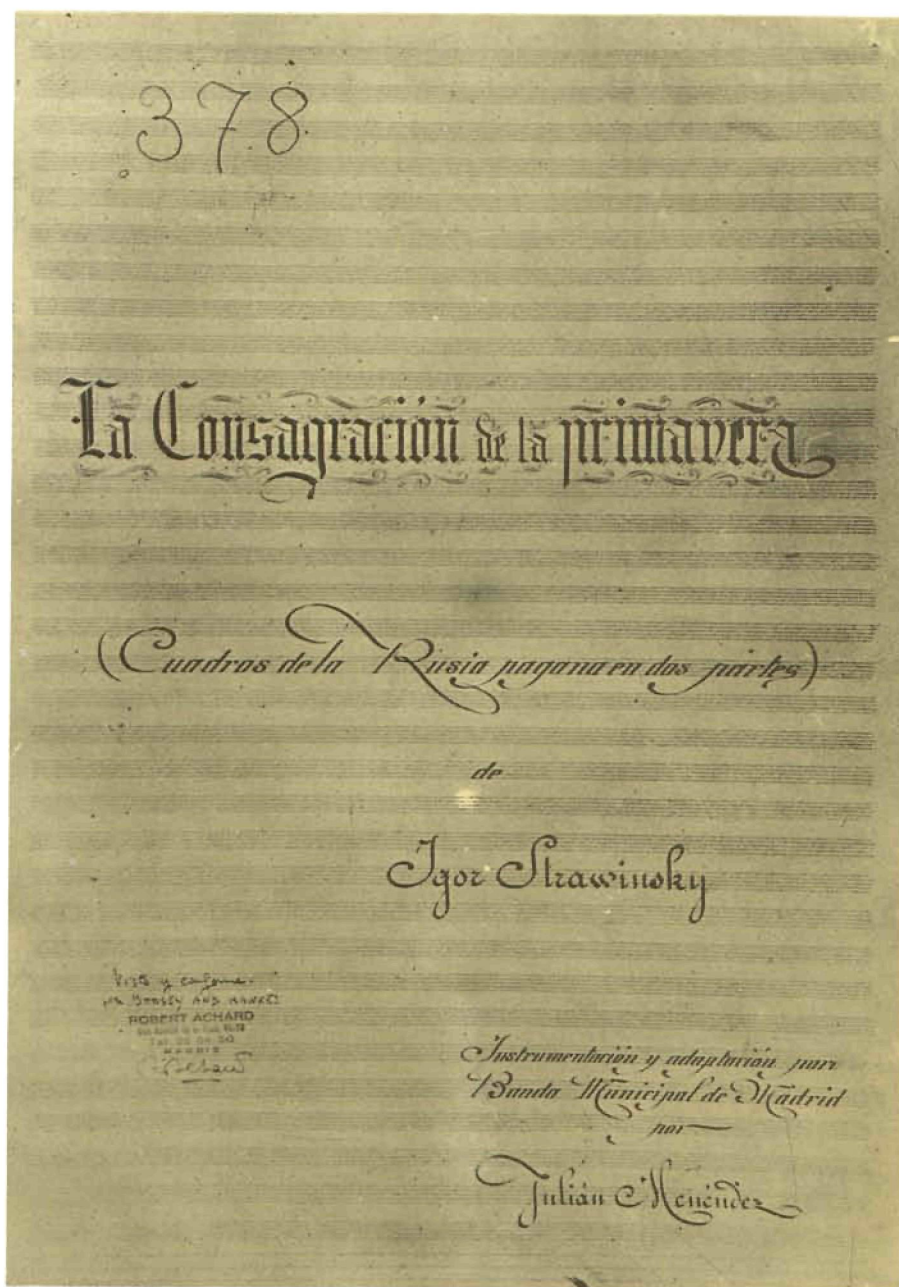
importante faceta que a lo largo de sesenta años ha ido creciendo sin pausa alguna; un binomio que, si bien dispar (arte y crematística, es decir, valor intrínseco de las obras), discurre por un mismo sendero y se complementan: el valioso archivo musical de la Banda Municipal de Madrid.

Entre donaires y leves quejas, el admirado y siempre recordado don Mariano de Cavia señala en su ya famoso artículo «Entrada de los dioses en Lavapiés o la Walhalla de la Chinche» (28-VI-1909): «Ciertamente que en el programa figuraban un delicioso pasacalle de Chapí y una admirable jota de concierto de Fernández Caballero. Pero..., pero los honores de la casa debe hacérselos al forastero el dueño de la misma, y ha sido de gran lástima que los dioses wagnerianos hayan entrado en Lavapiés sin que el autor de «El barberillo de Lavapiés» les haya dicho, venciendo añejas diferencias de doctrina: ¡Pasen ustedes adelante, que esta casa es muy de ustedes! Más adelante señala: ¿Que el repertorio español, y por añadidura madrileño, de la Banda Municipal no está completo todavía? Pues hay que completarlo pronto, a

la española y a la madrileña, que para eso la Banda es de Madrid, capital de España.»

Por el año en que hace su aparición y presentación pública la Banda (año 1909) no podía ser tarea fácil el habilitar un programa en el que la música española (Albéniz, Falla, Turina, etc.) pudiera oírse por un conjunto bandístico, y solamente la zarzuela grande y el género chico—en arreglos principalmente para bandas militares de plantilla instrumental mediana—comenzaban a subir a los atriles de los citados conjuntos, así como en alguna que otra banda municipal de cierta categoría.

Por otro lado, la plantilla *especial* de la Banda Municipal madrileña—uno de los principales *caballos de batalla* de los maestros Villa y Garay—exigía un repertorio *ad hoc*, por lo que no hubo otro remedio que *echar mano a partituras de plantilla extranjera*, hasta poner en marcha y exigir del esfuerzo personal de los directores y de algunos de los profesores del conjunto las adecuadas transcripciones para tan compleja combinación instrumental cual la de nuestra Banda Municipal.



¡Ahí es nada! Irrumpir en Lavapiés, pura esencia del casticismo madrileño, con la «Entrada de los dioses en la Walhalla», de Ricardo Wagner. ¿Propósito intencionado del maestro Villa al enfrentar dos sentimientos antagónicos cual el mensaje artístico-sonoro wagneriano y el humano receptor del mismo, es decir, los vecinos del barrio de Lavapiés? ¿Quién pudiera saberlo! Pero si hubo o no propósito, el resultado fue la aceptación, en olor de multitud y de éxito, de la página wagneriana.

El maestro Villa fue un convencido y obstinado defensor de la verdad artística que el mensaje wagneriano aportó a la música dramática, de ahí su enfervorizado afecto a la música-novedad y a la persona genial que la instauró. No olvidemos, por otra parte, su puesto de director de la orquesta del Teatro Real, donde preferentemente subían a la escena las obras más representativas del genial coloso de Leipzig.

En el concierto de presentación de la Banda en el Teatro Español

(llamado ensayo general) figuraron las siguientes obras: una sola española—la «Marcha solemne», del propio director, maestro Villa, en la que concurría el hecho de ser su primera instrumentación para banda—; el «Andante cantabile» del cuarteto en *re*, op. 11, de Tschai-kowsky, y tres obras de autores y transcritores extranjeros: «Rapsodia húngara» núm. 2, de Liszt, en instrumentación de C. Hellmann; obertura de «Oberón», de Weber, instrumentada por G. Witmann, y la «Gran fantasía de la Walkiria», de R. Wagner, en instrumentación del maestro A. Seidel.

Desde ese momento el repertorio de la Banda aumentó sin obstáculo alguno y la música española—sinfónica, de zarzuela y la especialmente compuesta para banda, como suites, rapsodias, fantasías, etcétera, de carácter regional, fueron valorando en número y calidad artística el fondo musical del conjunto hasta llegar a su espléndida realidad actual, la que sin sonrojo alguno podemos considerar de inigualable en su característica bandística, en lógica correspondencia a la composición instrumental del conjunto madrileño.

En él—al archivo musical nos referimos—puede seguirse paso a paso la evolución profesional en el arte de la transcripción de maestros como Villa, Vega, López Varela, Yuste, Echevarría, Martín Domingo, Menéndez, Linares, Gómez, San Miguel, Pérez Monllor, Méndez, Urizar, Molina, Hidalgo, López Juarranz, Martos, Gaona, Santamaría, Franco (R.), López Fernández, Esquembre, Gómez de Arriba y un numeroso etcétera, por no hacer interminable la relación.

En la actualidad figuran en el archivo de la Banda Municipal obras y autores españoles como Albéniz, Granados, Falla, Turina, Rodrigo, Gómez (J.), Sorozábal, Moreno Gans, Villa, Pérez Casas, Vega, Echevarría (V.), Fernández Arbós, Arriaga, Del Campo, De Santiago, Palau, Calés, Esplá, etc., así como los compositores líricos Chapí, Chueca, Barbieri, Oudrid, Vives, Moreno Torroba, Díaz Giles, Guridi, Rosillo, Guerrero, Rebollo, Alonso, Sorozábal, Usandizaga, Balaguer, Soutullo, Vert, Valverde, Bretón, Villa, etc.

En el aspecto de música menor, exclusivamente en el pasodoble español, está todo lo mejor del género, comenzando por Álvarez, Lope, Juarranz, Roig, Esquembre, Cebrián,

Alonso, Pérez Chovi, Zabala, Marquina (Pascual y Santiago), Martín Domingo, Ledesma, Franco (R. y J.), Soutullo, Freire, Javaloyes y un buen cortejo de nombres, como final de la relación parcial escrita.

El catálogo en obras y autores extranjeros—género sinfónico—es de una calidad y número impresionantes; puede decirse que están presentes todos los autores y estilos musicales, a excepción de la música dodecafónica, la aleatoria, electrónica, etc. (si bien figura en el archivo el creador del dodecafonismo, el austriaco *Schoenberg*), pues son géneros musicales difíciles de llevar con propiedad a los conjuntos musicales banda.

Auber, Bach, Beethoven, Berlioz, Bizet, Borodin, Boccherini, Brahms, Casella, Chabrier, Chopin, Cherubini, Champertier, Dukas, Debussy, Dvák, Delibes, Elgar, Enesco, Franck, Flotow, Glinka, Gottschalk, Glazounow, Gounod, Grieg, Humperdinck, Haendel, Haydn, Honegger, Ivanow, Ibert, Kachaturian, Kodaly, Lalo, Liadow, Liszt, Mascagni, Massenet, Mancinelli, Mendelssohn, Messager, Meyerbeer, Moussorgsky, Mozart, Mosolow, Orff, Parés, Prokofiev, Ponchielli, Puccini, Rossini, Rachmaninoff, Rameau, Ravel, Rimsky-Korsakoff, Respighi, Saint-Saens, Schubert, Suppé, Strauss, Straus (J.), Stravinsky, Schumann, Sibelius, Smetana, Schoenberg, Thomas, Tchaikowsky, Verdi, Weber, Wagner, por citar los más importantes.

Las más renombradas sinfonías, oberturas, poemas sinfónicos, suites, rapsodias, fantasías, scherzos, etcétera, figuran en el archivo musical de la Banda madrileña, y puede decirse *que no es un archivo muerto*, sino vivo, pues todas las obras han sido interpretadas y siguen interpretándose ininterrumpidamente.

Entre los numerosos testimonios de admiración, de elogios tributados a la Banda por personas técnicas, hay dos hechos en el transcurso de la ya dilatada vida del organismo que no deben ser silenciados, siquiera como testimonio de subido valor.

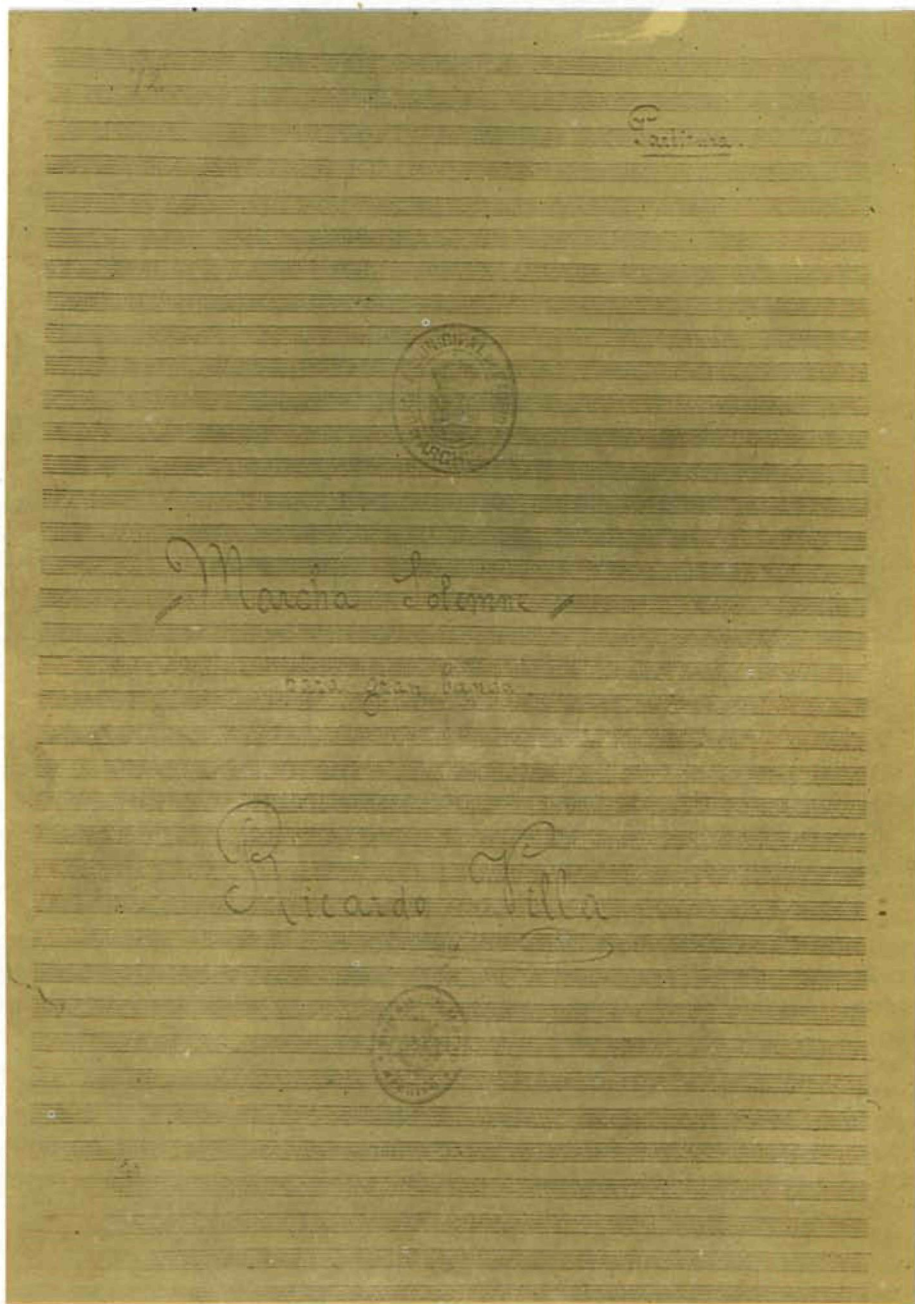
El 23 de marzo de 1955 se celebró un concierto de carácter extraordinario en el Teatro Español de nuestra capital con motivo de la estancia en la misma del insigne compositor Igor Strawinsky, quien, invitado por el Excmo. Ayuntamiento, habría de asistir al mismo y escu-

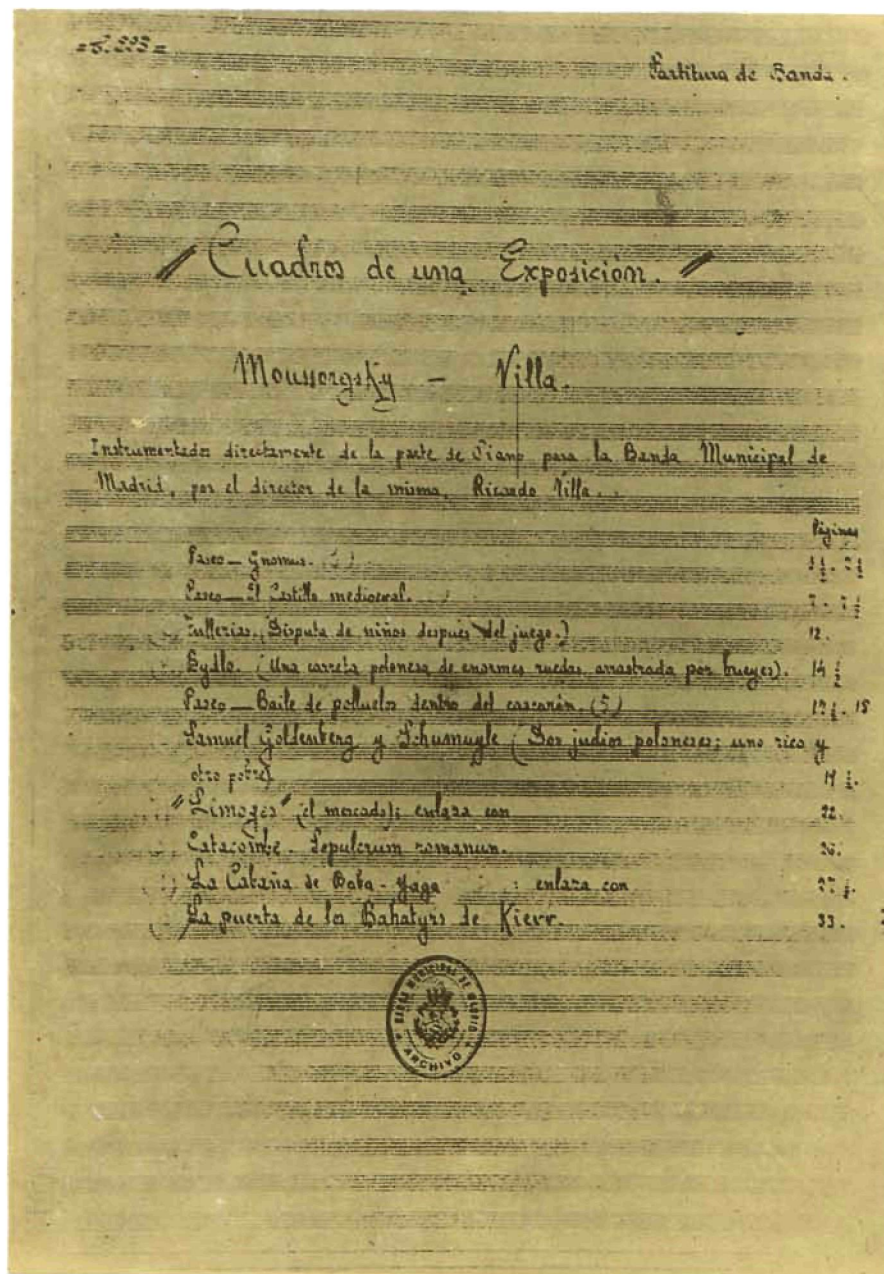
char a nuestra Banda, en cuyo programa figuraba—en versión instrumental realizada por el profesor de clarinete y solista del conjunto madrileño don Julián Menéndez—la «Consagración de la primavera», del genial compositor—una de las obras cumbre del siglo XX—, que como obra de honor figuraba en la histórica audición.

Cuando Strawinsky tuvo conocimiento del acto programado en su honor aceptó el mismo, y solamente expresó un temor al respecto en cuanto a su obra: ¿Qué pasaría con los «pizzicatos» de la cuerda que esmaltan continuamente la partitura de la «Consagración» cuando éstos fueren llevados a instrumentos

de viento? El temor de Strawinsky estaba justificado, pues, a mayor abundamiento, desconocía la plantilla instrumental de la Banda, la categoría de sus profesores y la veteranía de su director, maestro Arámbarri; de ahí su preocupación por la calidad del trabajo y por el resultado del mismo ante el público madrileño.

El maestro ruso, por una indisposición repentina, no pudo acudir al concierto, pero su persona de confianza, representante de los editores de la mencionada obra, señor Rober Achard, asistió al mismo, y al término de la audición felicitó a los profesores y a su director, haciendo grandes elogios de la alta





calidad del conjunto, así como de su delicada musicalidad, a la notable interpretación de la obra y al transcriptor de la misma, para quien tuvo elogios sin tasa. Con la plena autorización del maestro Igor Strawinsky y de la casa editora de la obra, escribió en la primera página de la partitura lo siguiente: «Visto y conforme por Boosey And Hawkes. Rober Achard. Don Ramón de la Cruz, 96-98. Teléf. 35-64-50. Madrid.»

En 30 de septiembre de 1925 el maestro Villa instrumenta «Petrouschka», y salta bruscamente nuestra agrupación instrumental de nuestros castizos ritmos, de lo simplista de

la «Danza macabra» de Saint-Saens y de las opulencias sonoras de Wagner a la grandilocuencia y complejidad y gigantismo orquestal—por lo tanto, gigantismo instrumental bandístico—de R. Strauss con su «Sinfonía alpina», para pasar de lleno «a la simultaneidad de figuras rítmicas con el cortejo de oposiciones de compases binarios-ternarios y otras particularidades donde Strawinsky revela la originalidad de su genio y su incesante sentido de invención», y, por último, a la sutilidad armónica, sabrosa, y el gusto por el ritmo impar de Ravel, genial autor de Daphnis y Cloé.

Es un hecho de gran trascenden-

cia en la música bandística, carente hasta ese momento de un pleno dominio de las enormes dificultades rítmicas, tímbricas, armónicas y de escritura que presenta toda obra strawinskyana, que abre paso, a su vez, a los «Cuadros de una exposición», de Moussorgsky, instrumentada también por don Ricardo, directamente de la parte de piano original.

Desde ese momento se abre un período de interpretación de las obras por aquel entonces llamadas modernas, que continúa en la actualidad.

Es muy difícil que banda de música alguna en el mundo haya abordado las obras—mejorándolas, desde luego—que constituyen el rico archivo musical de la Banda Municipal de Madrid, y que las versiones que se ajustan a su plantilla instrumental tengan parangón posible, corroborado este último dato en la última reunión—a escala mundial—de directores de bandas de música civiles y militares celebrado en Ginebra, donde la plantilla instrumental de nuestra banda, que representaba a la nación española, fue considerada y posteriormente aprobada «como la plantilla ideal para las grandes bandas de música del mundo».

¿No sería posible—es una sugerencia a nuestra dignísima Corporación municipal—usar de un sistema de fácil reproducción, como con los que en la actualidad se cuenta, para formar un fondo de obras transcritas—las más importantes desde el punto de vista artístico—por los especialistas más responsables, que las resguarde de posibles accidentes de destrucción, en particular del fuego?

Aparte el valor artístico, el crematístico también cuenta, aparte también del esfuerzo personal de los transcriptores.

No olvidemos que el día y año en que se quiera escribir la historia de las bandas de música en España, Europa o en el mundo, no será posible realizarlo sin contar con la valiosa aportación del archivo musical de nuestra primera agrupación musical española: la Banda Municipal de Madrid, por antonomasia la que representa a España.

R. A. DE S.